

A photograph of a snowy railway track curving through a winter forest. The tracks are covered in a layer of snow and lead the eye from the bottom center towards the upper right. The surrounding trees are bare and heavily laden with snow, creating a dense, white and grey atmosphere. The sky is a pale, overcast blue.

ALMA KARLA SANDOVAL

DESDE EL CORAZÓN SIBERIANO

*Una novela sobre Ariadna Efron
y su madre, Marina Tsvetáieva*

Una novela sobre Ariadna Efron y su madre, Marina Tsve-táieva. Unión Soviética, 1947. En el inclemente corazón de Siberia, dentro de uno de los cientos de campos de trabajo forzado que el régimen estalinista ha instalado por todo el país, Ariadna Efron padece lo que ella cree que será el último año de una condena absurda. Su crimen, ser hija de Serguéi Efron —supuesto doble agente de la policía secreta que, dicen, participó en un atentado político—, y de la gran poeta Marina Tsvetáieva —quien ha elegido para sí el sublime destino de ser un espíritu libre, motivo suficiente para que el Estado la censure—. Sin embargo, Ariadna no sospecha que aún le queda un largo camino por recorrer en el sistema de reeducación del Estado soviético, tampoco que tendrá que asumir la tarea de reivindicar la obra de su madre, y menos que el amor la salvará de un destino gris. Basada en hechos reales y otros ficcionalizados, Desde el corazón siberiano entrelaza la historia de Ariadna Efron y su madre, Marina Tsvetáieva, una de las más grandes poetas que ha dado Rusia; pero es también la historia de una época signada por la desgracia, la traición, la locura y la sinrazón, donde solo el amor, en todas sus formas, será capaz de transformar su sino.

*A María Félix Arizabalo, por
acompañar en tempestades*

—A Alya

Algún día, criatura encantadora,
para ti seré solo un recuerdo,
perdido allá, en tus ojos azules,
en la lejanía de tu memoria.
Olvidarás mi perfil aguileño,
y mi frente entre nubes de humo,
y mi eterna risa que a todos engaña,
y una centena de anillos de plata
en mi mano; el altillo-camarote,
mis papeles en divino desorden,
Por la desgracia alzados, en el año terrible;
tú eras pequeña y yo era joven.

* * *

A Rainer Maria Rilke

Rainer, quiero encontrarme contigo,
quiero dormir junto a ti,
adormecerme y dormir.
Simplemente dormir. Y nada más.
No, algo más: hundir la cabeza en tu hombro izquierdo
y abandonar mi mano sobre tu hombro izquierdo, y nada más.
No, algo más: aún en el sueño más profundo, saber que eres tú.
Y más aún: oír el sonido de tu corazón. Y besarlo.

* * *

Quien ahora no tenga casa,
Ya no la construirá.
Quien esté solo ahora,
Lo estará mucho tiempo
y velará, leerá, escribirá largas cartas y rodará
intranquilo de aquí para allá por los paseos entre
hojas volanderas.

MARINA TSVETÁIEVA

* * *

Sí y sí y sí, Marina, todos los sí, a todo lo que quieres,
tan grandes, juntos, como el sí a la vida misma...
pero en él están también todos los diez mil no, los im-
previsibles...

RAINER MARIA RILKE

Prólogo

Historia de una historia

MARINA TSVETÁIEVA ES CONSIDERADA UNA DE LAS MÁS grandes figuras de la poesía rusa en el siglo XX. Mujer de personalidad enigmática y espíritu crítico, rebelde, arrojado, adelantada a su época, tuvo una vida intensa, enredada en complejas relaciones afectivas. No hay una sola línea, entre la inmensa literatura epistolar que haya sobrevivido a la destrucción, que esconda o disfrace sus sentimientos hacia quienes amaba y admiraba de una extraña y posesiva manera: Boris Pasternak, Sofía Parnok, Sonechka Holliday, Rainer Maria Rilke, Anna Ajmátova, Andréi Bely, Asya Turgeneva, Osip Mandelstam, su familia...

Marina Ivanovna Tsvetáieva nace en 1892, en Moscú, donde transcurre su infancia. Tiene una instrucción musical y desde muy joven muestra interés por los románticos alemanes y franceses. En 1909 viaja a París, donde toma lecciones de literatura, y un año después a Dresden. *Álbum de la tarde* (1910) es el primer libro que publica. En 1912 contrae nupcias con Serguéi Efron (1893-1941), procedente de una familia revolucionaria ruso-judía, con quien tiene tres hijos: Ariadna (1912-1975), Irina (1917-1920) y Giorgi (1925-1944), o Mur, como le llama de cariño. Sin embargo,

es con su primogénita con quien sostendrá una estrecha relación que trascenderá el estatuto de madre e hija. Ese mismo año presenta un segundo poemario, *La lámpara maravillosa*, dedicado a Serguéi.

En 1916 da a conocer el escrito autobiográfico *Historia de una dedicatoria* —título que atañe a esta novela— y *Poemas de Moscú*, textos que, a decir de sus biógrafos, revelan su relación con Mandelstam. Entre 1917 y 1922 prepara seis piezas de teatro y tres libros de poemas: *Versti II*, *El campo de los cisnes* y *Oficio*. Como todo intelectual independiente, tras la Revolución de Octubre vive en la absoluta miseria, separada varios años de su esposo, los cuales quedan consignados en *Signos terrenales* (1919). En 1920 muere de inanición la pequeña Irina, en un hospicio al que, irónicamente, había llevado a sus hijas para salvarlas del hambre.

Hacia 1922, Tsvetáieva viaja a Berlín con Ariadna, su primogénita, luego de enterarse de que Serguéi estudia en Praga, donde ha huido tras la derrota del Ejército Blanco, al que se había unido. La poeta presenta *Versti I*, escrito un lustro antes. También en Berlín se encuentra con el famoso poeta simbolista Andréi Bely, entrañable amigo y maestro indirecto de Marina, cuya influencia será decisiva para resistir los primeros años del exilio.

En 1923 se instala en Praga y escribe su ciclo de poemas dedicados a Boris Pasternak —más conocido por su novela *Doctor Zhivago* que por su poesía—. De esa misma época es *Poema de la montaña* (1924). La escritora vuelve a París en 1925, donde sostiene correspondencia con Rainer Maria Rilke, en Suiza; y Pasternak, en Moscú. Se forma así un triángulo poético que se aconseja en medio de crisis personales y políticas. Las cartas del verano de 1926 (Rilke muere en diciembre de ese mismo año) conforman el punto más destacado de una comunicación epistolar excepcional.

A finales de 1937, aún en París, Tsvetáieva recibe la noticia de la implicación de Serguéi Efron, entonces agente se-

creto de la NKVD^[1], en el asesinato de un exmilitar ruso y de Lev Sedov, hijo de León Trotski, atentados en los que nunca se probó fehacientemente su participación.

Le Segunda Guerra Mundial se avecina y, en 1938, se traslada a vivir a un hotel donde escribe «Poemas a los checos», con motivo de la anexión nazi. Ariadna Efron, quien la ha acompañado en todo momento, se convierte en traductora; la joven comienza a chocar con Marina y decide regresar a Moscú para atender a su padre, quien sufre de un mal cardíaco, pero también para retomar la vida en su patria. Marina seguirá sus pasos en 1939, junto con el joven Mur. El panorama que encuentra a su regreso a Moscú es desolador: Anastasia, su hermana, realiza trabajos forzados; Serguéi y Ariadna, quienes vivían a las afueras de la ciudad, bajo constante vigilancia, serán detenidos dos meses más tarde.

Ya no hay sosiego en la vida de Marina, sobrevive con traducciones, en la más absoluta pobreza, temerosa por el bienestar de los suyos. En 1941, después de que su marido fuera fusilado y su hijo entrara a un campo de concentración, Marina Tsvetáieva es evacuada a Yelabuga, donde pone fin a sus días.

Ariadna Efron cumplió una larga condena en los campos de reeducación del Estado soviético, los gulags, que son realidad campos de trabajos forzados, hasta que en 1957 fue liberada. Gracias a ella fue posible rescatar la obra de Marina Tsvetáieva. Su historia está inexorablemente ligada a los aciertos y errores de sus padres. Ariadna se encargó de purgar sus condenas y de redimirlos.

Aunque las siguientes páginas recrean algunos pasajes de la vida de Ariadna Efron y la de su madre, la mayoría de las situaciones y los personajes son ficticios, y como producto de la ficción, e imaginación, invito al lector a acercarse a esta novela, trenzada con amor y admiración a dos mujeres contrarias e idénticas, como suelen ser madres e hijas.

Y una última nota: los poemas incluidos proceden de *Antología. 100 poemas*, versión de José Luis Reina Palanzón, y hecha esta aclaración, me permito abusar de este espacio para extender un reconocimiento a quienes han traído al español el trabajo de la gran poeta rusa, especialmente a la traductora mexicana Selma Ancira, quien me reveló la generosa obra de Marina Tsvetáieva, y de cuya obra parto para recrear este libro.

Esta obra no se habría escrito sin el afecto de quienes la alentaron: Gerardo de la Cruz, Helí Morales y los colegas del taller de Francisco Rebolledo en Cuernavaca.

PRIMERA PARTE

1

Un canto en la tormenta

PISAR UN GULAG ERA SENCILLO. BASTABA CON PARECER espía y, como cualquiera podía aparentar, un inocente comentario a favor de los zares, una amistad considerada burguesa, una discusión neutral que no ensalzara los logros de la Revolución, el mínimo contacto con extranjeros, eran considerados delitos gravosos que hacían de cualquier inocente un traidor. La maquinaria de la hoz y el martillo succionaba la sangre rusa como fuente de vida. Condenadas a tareas extenuantes —algunas imposibles de realizar bajo el clima extremo y la hambruna, pues la ración de pan escaseaba con frecuencia—, las mujeres sobrevivían a causa de un azar incomprendible. Al comienzo, el olor y la desnudez raquítica del cadáver impresionan causando un vómito ácido que se congela. Luego el dolor y el asco, se convierten en costumbre y, como tal, incomoda cada vez menos, al punto de que amanecer hacinadas en la crujía correspondiente y tener que hacer a un lado el cuerpo de una amiga, ya no era raro.

También se aprende a escucharlas morir, a identificar la naturaleza de los estertores. Mientras más años, menos lucha, menos drama en esas respiraciones que se entregan a lo eterno con la tranquilidad negada en el gulag. Las jóvenes tardan. Su combate resulta estremecedor. Si hacen mucho ruido, se les ayuda colocándoles una manta que eriza más la piel de la donadora. Suele pasar que cuando las enfermas sienten un poco más de calor, bajan la guardia y mueren. Una vez que sacan los restos, sobreviene el silencio reflexivo de siempre: al menos esa amiga descansa, ha

escapado, ha evadido la encomienda injusta de cargar el trineo con maderas pesadas, terrosas y húmedas; al menos esa mujer que ha muerto ya no tendrá que seguir las órdenes de los custodios, ni soportar sus burlas, sus gritos. Se trata de un silencio de nieve que cada una lleva al interior como un enemigo creciendo.

Y es que Siberia es de por sí asesina, con los años será llamada «el gran cementerio de Europa» por los más de veinte millones de muertos que causarán las ideas de un porvenir glorioso con la llegada de otro hombre a comienzos del siglo XX; pero nada de eso será realidad, solo las temperaturas que congelan la respiración.

Los gulags se extendieron sobre esas millas de tundra desierta. Los prisioneros construían caminos, ferrocarriles, plantas de energía, minas en las que eran obligados a permanecer más tiempo del recomendable. El régimen pensaba que con prisioneros todo era posible: lo único que se necesitaba era una barraca, una estufa con una chimenea y, de algún modo, ellos continuaban de pie. Es verdad que en el campo de concentración al que Ariadna fue referida, ubicado en el corazón siberiano, la rotación de las prisioneras era necesaria por la ubicación misma del gulag y el tipo de labor: juguetes de roble oscuro, caballos de crines espesas, osos de pezuñas afiladas, peces de colores brillantes que parecían un escándalo en medio de la negrura de las tardes o debajo de los cielos grises. Como el taller necesitaba de manos finas, talento en el trazo o precisión al cortar la madera, eran menos las obligadas a salir en su búsqueda. Los castigos operaban con ese fin. Una falta merecía diez vueltas al campo para traer maderos que incrementarían la producción de osos y peces. Las internas vivían con terror, puesto que varias de esas condenas las debilitaban hasta enfermar. Sabían que ahí, de una afección, ya nadie vuelve. Además, los guardias les infligían maltratos indecibles, como en los otros 476 campos que existieron.

Recién llegó Ariadna, le negaron el alimento durante casi tres días. Estaba separada en el diminuto calabozo de recepción. Gritó y un guardia acudió de inmediato con un plato de avena cruda que le arrojó al rostro. Se limpió los párpados. Lamió lo que había en su cara y en el suelo. Le quedó claro que debía seguir aquellas órdenes.

No sospechaba que eso era lo menos cruel por ocurrirle. Las duchas con agua fría, las vejaciones con cintarazos mientras los militares se carcajaban. En suma, la desmoralizante bienvenida que padeció casi la convenció de rendirse, de intentar un suicidio por la vía que fuera, incluso la de soportar cada día helado hasta que el cuerpo no pudiera más; pero había una esquirla potente en su interior, un recuerdo de la brisa en las playas del sur, una línea de alguna obra de teatro que disfrutó en Italia, un beso furtivo que jamás contó, una broma de su padre, una sonrisa del color del cristal en su hermana, un ángulo inédito en la mirada aguda de la madre que tomaba la pluma a veces como si fuera un cuchillo, otras como una varita mágica de nigromante todopoderoso. Con eso bastaba para cambiar el rictus, para respirar hondo y que el fuego de la psique llegara a las pupilas.

Solo una de las compañeras del taller preguntaba por ese gesto valiente. Se llamaba Evgenia, pero como todas, era un número: 1678, así le decían. Su edad era un misterio porque no peinaba canas, pero las arrugas describían más de cincuenta años que se habían vivido con aplomo y mucha suerte; 1678 había sido apresada por anarquista cerca de Crimea. El viaje hasta Moscú duró semanas que se alargaban como una mirada que se pierde en el horizonte. Los presos en aquellas travesías eran despertados a golpes y arrojados como costales a las insalubres bodegas del barco. La familia de Evgenia poseía vastas extensiones de tierras en cuyos bosques corrían ríos delgados y gruesos. Políglota, viajera, y con una biblioteca propia, decidió muy joven que no quería casarse con un descendiente del zar. La

algarada de su negativa trajo oscuras consecuencias y por eso la muchacha tuvo que huir vestida de campesino. El profesor de una aldea le dio alojamiento. Pronto se enamoraron; sin embargo, fue más rápida la carrera que emprendieron juntos al interior de un laberinto anarquista que condenaba al poder por el poder mismo. La pareja se oponía al avance del Ejército Blanco y a la oleada bolchevique en ascenso. Con siete meses de embarazo, Evgeniska tuvo que escapar de nuevo cuando un militar disparó al pecho de su cónyuge. Sin tiempo para llorarlo o enterrarlo, anduvo de prisa por el bosque hasta llegar a un pueblo, donde debido a una hemorragia la llevaron con la comadrona de la villa. La caridad la salvó, pero el bebé nació muerto. Una vez recuperada, la joven mujer continuó militando. Se unió a los anarquistas del Cáucaso, con quienes atravesó el duelo por partida doble hasta que la época fue enrojeciendo y asesinando a todo aquel que no se doblegara ante la Revolución. Mujer y anarquista, la capturaron en su tercer escape, esta vez rumbo al Mar Negro.

—Las únicas olas que vi fueron las de mi llanto —explicó Evgenia anudándose el pañuelo—, pero de eso ya no conviene hablar y menos aquí. Mejor dime qué secreto guardas que se te mira contenta cuando pintas los horrendos juguetes de siempre.

Ariadna se encogió de hombros e hizo una mueca.

—No hay nada especial en mi historia, te la contaré algún día —hizo una pausa, como si forzara la memoria—. Tengo algunos gratos recuerdos para evadirme.

—A mí lo único que me ayuda es pensar que después de todo esto ya podríamos estar muertas, hemos aguantado lo que nadie —respondió.

—¡1678 y 1701, silencio! —ordenó el guardia.

El taller estaba compuesto de cuatro mesas rectangulares y muros formados por troncos de coníferas que, al no estar bien unidos, dejaban entrar el aire polar. Las prisioneras permanecían ahí de nueve a diez horas con un solo des-

canso para beber té negro y pan o sopa. El desayuno y la cena era solo una galleta redonda, salada, sin nutrientes. El menú no varió durante los ocho años que Ariadna estuvo encerrada. Sabía que la Segunda Guerra Mundial había pasado, que la Unión Soviética venció a los alemanes. Por todos lados se escuchaban himnos celebrando a la Gran Madre Rusia, cantos de victoria, de futuro promisorio. Incluso los guardias se mostraban menos crueles, cierto estrés había desaparecido de sus gestos.

Las reclusas no entendían la razón por la cual no las liberaban; sabían que debían seguir sirviendo a su nación, pero si el país había ganado con la ayuda de la otra mitad del mundo, una mitad poderosa, no tenía sentido que los campos de trabajo siguieran abiertos. O sí, si la idea era mandarle un mensaje de poderío al planeta. Lo que no supieron, sino hasta después, es que en pocos países se tenía noticia de los gulags. En Francia, Suiza y Alemania, por ejemplo, desconocían su existencia. Y es que el grado de incomunicación era tal, que incluso se tenía prohibido, bajo pena de muerte, dibujar dentro de ellos; cualquier huella de lo que realmente ocurría en estos «centros de reeducación» era borrada o reprimida. Tampoco se permitía la entrada de cámaras, de gramófonos, de ninguna tecnología que registrara audio o imágenes. Los campos de trabajo eran un secreto sucio que se pudría lentamente.

En enero de 1946, la temperatura descendió más de lo esperado. La nieve derretida en el techo de los dormitorios y talleres goteaba sin cesar. Las prisioneras cargaban sus pesadas botas húmedas de un espacio a otro. Los vientos atroces parecían arrancar de la tierra esos cubos de arce barato donde se guarecían. El clima no era lo más preocupante, sino la desesperación de las prisioneras, el miedo a una tragedia colectiva en esos momentos. El nerviosismo de los guardias era notorio, tanto, que se retiraron a su refugio, una especie de búnker. Su plan era resistir la tormenta para estar salvo cuando esta pasara y no quedara más re-